

# EL CAUTERIO SOCIAL

CAUTERIO: Instrumento que usan los cirujanos para aplicarlo candente a las heridas o llagas del cuerpo.

Periódico quincenal. Órgano de todos los que puedan decir y probar verdades. Cauterizará las llagas sociales sin distinción

Año 4.

SUSCRIPCIÓN:  
Trimestre . . . . . 0 75  
Semestre . . . . . 1 50  
Año . . . . . 3 00

Manzanares, 4 de Marzo de 1933

NUMERO SUBLTO LO CEBTAMOS

Núm. 43

CORRESPONDENCIA: ARMONIA. 5.

Aparece los sábados correspondientes

De los artículos firmados son responsables sus autores

## ¡Casas Viejas!

¡Humilde pueblecito gañitano: yo te saludo y admiro! El indigno y criminal tropelío cometido con tus honrados habitantes te ha transformado en luminosa antorcha que alumbrará con más potencia el camino de la redención proletaria.

Eres hoy el pueblo más tristemente renombrado en España y en los centros obreros del mundo. Te han pasado por el martirologio, y te han elevado a la categoría de santo. Por lo menos de pedestal. El santo laico ha resultado ser el ya inmortalizado «Seisdedos». Si en tu recinto y para las personas decentes e imparciales él era el más honrado de tus hijos, hoy se ha esparcido por el mundo proletario su honradez y su consecuencia. ¡Descubramonos a su memoria! ¡Sirva su generosa sangre de inyección, de levadura o fermento social e ideal que adelante el advenimiento de una sociedad más inteligente y justa, en la que se previenen en primer lugar la bondad y el trabajo! ¡Igual decimos de sus desgraciados compañeros!

¡Casas Viejas! Tú has sido además, la piedra de toque que ha hecho resaltar a la vez, con más fuerza y claridad, la mala condición de ese cuerpo galarricano, que está formado en su mayor parte por pollos pere; rucuelos venidos a menos; gomosos y pedantes pretenciosos; figurones engrasados que se creen de casta distinta y superior a la de los obreros manuales y sobre todo campesinos. ¡Campesinos! ¿Qué sería de la sociedad sin campesinos? ¿De qué nos alimentamos todos, si no es de productos campesinos? Si se muriesen todos los galarricanos de una vez, los campesinos, si algo lo notaban, sería para mejorar; ¿pero cómo lo pasarían los de asalto si se acabasen los campesinos? ¿Qué comerían? ¿Que se les atragantén los productos de la tierra a los que no consideran a los campesinos en su justo valor, y sobre todo, a los criminales, que, en vez de darle pan para sus hijos, les dan plomo para asesinarlos!

ANTONIO PINES NUÑEZ

## Ley de compensación

Cuando las personas inteligentes, correctas y cultas, tratan a los representantes de la Presa con la distinción o consideración merecidas, la resarcen de los desdenes y groserías que con ella cometen los ineducados y pedantes enfatuados, aupados por la inesperienza del pueblo engañado

## La "Rosa" encantada

Si alguien creyera que hilvanamos este artículo con el fin único o vil motivo de ensañamiento hacia determinados elementos políticos, está equivocado. Si se dudara de la honradez que nos mueve al hacerlo, (ya que tiene el exclusivo objeto de avisar para que no vuelva a repetirse), sería, más que cosas de ignorantes, picaduras «politiqueras» que ya hace más de dos años debieron quedar archivadas, y que vergüenza dar verlas nuevamente resurgir, si cabe, con mayores bríos.

No quiera interpretarse esto como si fuera un prólogo a cierto temor fundado. Cuando se dicen las verdades, por muy duras que sean, se pueden y se deben decir con valentía; sin embargo; creemos hacerlo mejor en tono mesurado, que tirando a rajatabla o por la tremenda. Estas cosas se hacen en los parlamentos, y nosotros, la verdad, no somos parlamentarios... Empecemos pues con valentía, pero también con mesura.

Como sabemos todos, invitados galantemente por una Comisión, pero a decir verdad por el pueblo en masa, hemos tenido el honor de recibir como huéspedes predilectos a los aplaudidos autores de «La Rosa del Azahar». Por muchos motivos debemos estar agradecidos, pero el principal de ellos, era sencillamente el que, con la presencia de los autores, la noche que se representaba la obra expuesta, los ingresos en taquilla serían verdaderamente superiores, y estos, cuanto más grandes mejor, estaban dedicados al Comedor de Caridad.

Esa noche, patrocinaba la función nuestro dignísimo Ayuntamiento, y éste fué el encargado de dar la bienvenida a tan célebres autores.

Antes de llegar a Manzanares, ya estaba apuntada en nuestra mente el recibimiento tan dignísimo que estábamos obligados a tributárselos. Habíamos pensado que saldrían a recibirlos el Ayuntamiento en pleno. Veíamos al señor Alcalde, en nombre de la ciudad agradecida, dar el abrazo de bienvenida, y con hondos afectos, dictados todos del corazón, agradecer a aquellos hombres las molestias del viaje y el deje de sus ocupaciones por saber que, con su presencia, aumentaría enormemente el ingreso para una obra tan buena como es la de dar de comer al hambriento... En el momento de la representación, y ante aquella masa humana que dentro del Gran Teatro habría de congregarse, ávida toda ella de conocer a los autores de una obra a la que tan bien supieron llevar el alma manchega, el señor Alcalde, con frases

entrecortadas por la emoción, lo vimos salir a escena con los autores para decirnos a todos: Pueblo: He aquí a nuestros huéspedes de hoy. Vienen a ver el trabajo de unos aficionados que no se explica cómo se atrevieron a representar esta obra. La presencia de ellos esta noche hace de que se ponga en taquilla el letrero de «no hay billetes», y ya todos sabéis que ese dinero, esa respetable cantidad de dinero que en la taquilla habéis dejado, unos porque os gustaba la obra, pero la mayoría porque queráis ver de cerca a tan preclaros autores, es destinado todo él para comprar pan para nuestros pobres... En nombre de ellos; en nombre de los pobres que en el Comedor de Caridad esperan ansiosamente nuestra llegada, os pido un aplauso que, inculcado de gratitud, llegue al corazón de nuestros huéspedes... Y oímos muchos aplausos, muchos vivas, y empezar la farsa...

Bueno; pues todas esas cosas que nosotros habíamos soñado, se trocaron horriblemente, torpemente, descaradamente... Llegaron los autores, sí; y fueron recibidos; ¡pero qué recibimiento! El encanto nuestro quedó roto en aquellos momentos.

Como ellos eran autores de «La Rosa», y ésta es de ambiente manchego, sanchopancescamente se les recibió. ¿Qué más daba?

El salón adonde llegaron estaba «decorado» espléndidamente, ¿cómo no; con sinablos también netamente manchegos. Allí había vinos de todas clases y de todos los tipos; domillos de dos tamaños «para que vieran» cómo se elaboraba un buen «zurra» unos estupechos anisados; más vinos dulces y más vinos secos, y en fin, las glorias de la Mancha...

Pero no; las glorias habría que verlas a la terminación del «festejo». ¡Aquello sí que era democracia pura! ¿Qué dirían los autores de «La Rosa»? Con un domillo lleno de «zurra» cuya cabida no era menor de una arroba, abocados a él vinos a varios (tan ricamente hasta que quedaba consumida. No necesitaban basos; ¿para qué? Apartados de aquel grupo vimos a otro con un do «tragos» por «La Rosa», este otro por el Sr. Romero; aquel por el señor Swan; este de más acá por el maestro Guerrero... ¡y viva la rosa y quien la parió!

¿Cuántas veces le sería ofrecido al maestro Guerrero vino, a pesar de las cariñosas protestas con que lo rechazaba! ¿Por qué no bebió Guerrero? ¿Era de veras porque no le gustaba el

mosto, o más bien porque se le atragantaba aquello? ¿Qué dolor para algunos de que no bebiera, y qué valentía para otro saber anteposeerse! Allí había y se bebía por los representantes de todos los matices. La representación del pueblo por la alcaldía (¡miau!) la de la Diputación, la del Parlamento. De todo, de todo había allí. Hasta la representación del descaro, encarnado en muy buenos amigos...

No podemos censurar el recibimiento que en grado máximo se merecían nuestros huéspedes. Censuramos «el modo» de recibirse. Hiccho todo lo que se hizo en una casa particular, seríamos unos pedantes si nos ocupáramos de ello. No censuramos que después de la representación hubo un ágape y se divertieron todos lo que pudieron. Sería ridículo fijarse en eso. Pero no dejaremos pasar «aquello» que ocurrió al dar la bienvenida.

El salón donde se comió y se bebió más, era un salón de sesiones donde los representantes del pueblo se sientan para pedir y hacer justicia a sus representados. En aquel salón, días antes, a lo mejor la noche antes, un grupo de obreros, extenuados por el hambre, pedían por caridad que se les diera trabajo... Y se les mandaba a la Bolsa con un parecido a «no ha lugar a deliberar». Aquel salón, suma representación del pueblo, no debió, no pudo ser asaltado en la forma aquella. Aprovechando aquellos momentos, varios individuos, ajenos por completo a todo, tuvieron la ocasión de aprovechar las glorias manchegas, y en casi lastimoso estado saltan de la casa donde se ventilaban los asuntos morales y materiales del pueblo. Era un asco y ¿por qué no decirlo? una vergüenza...

Nosotros desde estas columnas, sin ánimo de agraviar a nadie, pero si protestando energicamente, pedimos de que no sea el Salón de Sesiones testigo de recepciones tales. Ni hay derecho, ni nunca puede haber motivo para ello. Hemos visto muchos actos oficiales y sabemos hasta lo que se puede llegar en el terreno más íntimo. Particularmente, ni nos importará ni nos ocuparemos. Y esto lo pedimos desde un periódico, que aunque sin importancia alguna, lleva en sí la opinión de un mayor o menor número de hombres del pueblo.

Homenajes sí; consideraciones también; pero una y otra cosa en el más amplio sentido particular. ¿Adónde vamos a llegar?. El final es éste: unos señores que se sacrifican por engrasar la caja del Comedor de Caridad, y que a estas fechas, sabiendo el importe aproximado de la recaudación, no han